

SEGUIR LA CORRIENTE

Existen en la sociedad un considerable número de seres para quienes todo lo que les sucede en el curso de su vida no tiene ninguna explicación, y que reciben con igual frialdad lo próspero y lo adverso, sin darse la menor cuenta del por qué de uno u otro extremo.

Estos seres, que á sí mismos se apellidan *despreocupados*, y que hacen gala ostensible de su ignorancia, cual si la ignorancia fuera una de las más preciadas virtudes, causan un gran perjuicio al resto de la humanidad, si se tiene en cuenta que son en extremo petulantes; pretendiendo pasar por sibilas y oráculos, hablan á menudo de todo aquello que menos entienden, llevando la desconfianza al que, creyéndolos unos profundos sabios, los escucha ó consulta.

La mayor parte de éstos, por desgracia, pertenece á la clase trabajadora, que es precisamente la que más debía ocuparse de todas las cuestiones que en el seno del mundo se ventilan, pues todas, absolutamente todas, se hallan más ó menos relacionadas con su tranquilidad y bienestar presente y futuro.

Es cierto que las condiciones en que la clase trabajadora desenvuelve su vida en esta sociedad no son las más á propósito para que el obrero, que pasa trabajando doce, catorce ó dieciséis horas de un trabajo rudo y fatigoso, á que la *munificencia* de la clase media le tiene obligado, si quiere satisfacer en parte sus necesidades más apremiantes y las de su familia, pueda dedicar gran porción de tiempo al estudio de los grandes problemas sociales, robando estas horas al descanso, reparación de todo punto indispensable y necesaria, y sin la cual su existencia se consumiría lentamente.

Pero también es cierto, y hemos de confesarlo ingenuamente, que una gran parte de nuestras desventuras se debe, en lo general, á la apatía é indiferencia que hacia el estudio manifestamos, sirviendo en esto perfectamente á las miras de la clase media que nos ha rodeado de toda suerte de halagos, á fin de poder ella seguir haciendo su negocio á expensas de los que en un día de mediano placer olvidan por completo las angustias de muchos años de increíbles sufrimientos.

Pues bien; hemos llegado á una época en que es preciso que el trabajador, si quiere ser libre, si quiere sacudir de una vez para siempre el irritante agiotaje que sobre él ejercen las clases privilegiadas, se ocupe de labrar su dicha, siendo de todo punto imposible que pueda conseguirlo haciendo lo que hasta aquí, esto es, confiando sus intereses á manos profanas ó advenedizas, que ya se titulen liberales, ya se apelliden demócratas ó republicanos, nunca harán otra cosa que trabajar por su cuenta y para su provecho particular.

Desconfíen por completo los trabajadores de los que, como decimos al principio, quieren entender de todo, sin haberse cuidado nunca de nada; pues éstos, como habrán tenido ocasión de observar nuestros compañeros, no sirven sino para confundirlos ó exasperarlos, criticando todo pensamiento por noble que sea, toda aspiración justa y toda provechosa idea: confunden la teología con la filosofía; la metafísica con la química y la física; el individualismo con el socialismo; la religión con el ateísmo; y, por último, ciencias, artes, letras, historia y política, todo cae bajo su inconsciente y despiada crítica, sin que nada sepan resolver con acierto.

Mas cuando tropiezan con alguno más reflexivo, que ha aprovechado los momentos de ocio ocupándose de algo provechoso, y, por consecuencia, tiene criterio propio, que les sale al alcance de su incolora é insípida charla, suelen contestarle con mucho descaro: «Si, señor; el socialismo (del que no saben una palabra) sería una gran cosa; pero para que eso pudiera hacerse era menester reformar la humanidad; es necesario, pues, seguir la corriente...»

¡Seguir la corriente! ¿Saben ellos lo que quieren cuando eso dicen? Seguramente no.

Seguir la corriente significa que el obrero siga regando los campos con el sudor de su frente, para que el propietario goce, triunfe y se divierta en la ciudad, mientras el infeliz bracero perece de hambre.

¡Seguir la corriente! Esto es, respetar á todos esos farsantes que, en nombre de la religión, de la política y de la industria nos roban, en la verdadera acepción de la palabra, el fruto de nuestro trabajo, dándose un trato sibarítico, mientras nosotros carecemos de lo más preciso: no; nosotros no podemos seguir la corriente sin que antes la limpiemos de los miasmas que la emponzoñan y corrempen.

Antes que podamos seguir la corriente es preciso se verifique un completísimo desagüe, para que sus aguas, al presente turbias y encenagadas, se

encuentren limpias y cristalinas; únicamente así, podremos lanzarnos sin reparo alguno á seguir la corriente.

CONTESTACION NECESARIA

A *La Epoca* no le ha sentado bien que *El Imparcial* diera la noticia de nuestra aparición en el estadio de la prensa, y aunque, embozadamente, le larga por tabla una intencionada filípica.

Pero *La Epoca* no se conforma con eso; sino que, aprovechándose de nuestra inocencia, quiere cogerlos de la mano para llevarnos hacia el camino de la fiscalía de imprenta.

A fin de evitar este lazo de la meliflua comadre, vamos á copiar lo que creemos copiable:

«Dos noticias que separadas hallamos en un periódico, deben, á nuestro parecer, reunirse y ponerse una enfrente de otra.

Una de ellas es que ha empezado á publicarse en esta corte la *BANDERA SOCIAL*, que viene á defender por medio de la prensa los principios anárquico-colectivistas.

¡Anárquico-colectivistas! Bien se ocha de ver que somos *legos* en la materia. Nosotros creemos que lo anárquico no admita apellido alguno, por lo mismo que no admite la anarquía, como su nombre lo declara, ninguna forma de gobierno ni principio alguno económico.

Pero vamos á la otra noticia, á la que debe colocarse enfrente á la publicación del periódico anárquico-colectivista.

He la aquí:

Tiene razón *La Epoca* en su tercer párrafo al declararse *lego* en esta materia.

A pesar de su avanzada edad, se conoce que no ha empleado el tiempo sino en picardías.

Por eso publicamos *Nuestra profesión de fe* para que algunos colegas que, como *La Epoca*, no saben otra rutina que la inodora política conservadora, se enteraran, aunque sumariamente, de nuestros principios.

Pero se conoce que á *La Epoca* le falta de vista lo que le sobra de mala intención.

Respecto á la noticia que debe colocarse al frente de nuestra publicación, debemos decirle que nosotros sólo insertamos las que se relacionan con nuestros principios y con nuestros compañeros.

Sin embargo, por dar gusto al colega, no tenemos inconveniente en hacer lo que nos dice, siempre que ponga al frente de su número los siguientes aforismos: «No más deberes sin derechos», «El que quiera comer que trabaje»; y el siguiente axioma del inolvidable Proudhon: «La propriété est le vol.»

Dos palabras para concluir.

Nosotros entendemos que en una sociedad donde exista la caridad no puede haber armonía ni fraternidad y si odios y rencores; por eso, en su lugar, proclamamos la solidaridad.

Cuanto á la intención que pueda tener su último párrafo al hablar de «obreros honrados», se la devolvemos íntegra á *La Epoca*, no sin advertirle que nuestra honradez está tan alta y bien sentada, que es imposible pueda ni aun alcanzar á verla.

Nosotros, antes de poner las manos sobre el papel, nos vemos precisados á lavárnoslas, á fin de no mancharle.

¿Les sucede lo mismo á los redactores de *La Epoca*?

MISCELÁNEAS

La Crónica de los Trabajadores, que en nuestro primer número decíamos se hallaba procesada ha sido absuelta.

Hé aquí cómo ha dado la noticia un diario de la mañana:

«En la sección segunda de lo criminal de la Audiencia de Valladolid se celebró el viernes la vista del juicio oral contra don Indalecio Cuadrado, director del semanario publicado en la localidad, *La Crónica de los Trabajadores*, sobre supuesta infracción de la ley de imprenta. El fiscal pidió para el mismo la absolución libre y costas de oficio, para lo cual modificó sus conclusiones escritas.

La defensa de Cuadrado estaba á cargo del distinguido letrado Sr. Taladriz, quien, á pesar de pedirse para su patrocinado la absolución, pronunció un notable discurso. La concurrencia al acto numerosísima.»

Celebramos de todas veras tal desenlace.

Lo que tanto horror ha causado á la burguesía se ha dicho en pleno Parlamento español por un diputado de la mayoría, y ha sido frenéticamente aplaudida su frase.

El académico de la Española, el catedrático de la Universidad Central y diputado á Cortes, don Marcelino Menéndez Pelayo, dijo que la desamortización es un *inmenso latrocinio*.

Es decir, que la base de la propiedad de la clase media es un robo.

Pero esta vez no ha partido la frase de labios de

un obrero. Ha partido de labios de un hombre que pasa por eminentemente científico, y debe tener perfecto conocimiento de lo que es esa propiedad.

Los palacios en que viven hoy los potentados, los jardines y parques que poseen para su distracción, los cotos y cazaderos en que tanto se divierten esos señores, todo eso es un *inmenso latrocinio*.

Esto ha dicho y sostenido en un discurso el diputado de la mayoría conservadora.

Aprende, clase obrera, las verdades que encierra aquella lección que te dió un hombre de ciencia en la Cámara burguesa española.

Leemos en el último número de *El Grito del Pueblo*:

«Pero cuando la nación yace postrada; cuando el pueblo muere de hambre; cuando las fuerzas productoras del país, el comercio, las artes, la industria, están próximas á perecer por incompetencia de los gobiernos; cuando la miseria invade con todos sus horrores las nueve décimas partes de la sociedad española, no es hora de que el pueblo ria, sino de que acumule indignación y aprenda á conocer á los políticos de todos matices.»

Y á organizarse como clase trabajadora para mejor conseguir su emancipación social, caro colega.

Llamamos la atención de nuestros compañeros respecto de las importantes noticias recibidas de París insertas en el lugar correspondiente.

Si el funesto Thiers hubiera pedido contemplar el espectáculo que, con motivo del entierro de Vallés, ha presenciado París, seguramente habriase convencido de que lo que él había pretendido aniquilar por cuantos medios sugiere una imaginación infame y calenturienta, retoña hoy con nuevos bríos y con indecible ardor.

Con motivo de la ocupación dada á los trabajadores de esta capital, dejan entrever algunos periódicos la posibilidad de que el Estado y el Ayuntamiento lleguen á encontrarse muy pronto sin fondos con que hacer frente á la necesidad que el sostenimiento de éstos origina.

A este efecto, se han escudriñado todos los medios de arbitrarlos, enumerando los diferentes conceptos que pueden proporcionarlos, sin que, á nuestro entender, se tenga verdadero interés en descubrirlos.

Aunque nosotros somos profanos en la ciencia—si ciencia es—que tan alta colocó la reputación de los Nécker y los Pitt, vamos á permitirnos indicar una idea que, de realizarse, seguramente colocaría mucho más alto el nombre del Sr. Cos-Gayón que el de los dos hacendistas suizo é inglés.

Toda la prensa conviene en que la situación es extraordinariamente extraordinaria.

Pues bien; á situación extraordinaria, remedios extraordinarios.

Y son éstos: abolición ilimitada del presupuesto del clero, que nos parece asciende á más de 200 millones de reales.

Abolición de las clases pasivas (no de las personalidades; sino de lo que cobran).

Licenciamiento del ejército, incluso, como es consiguiente, esa numerosa plana mayor, que ahora que hay paz con todo el mundo no sirve para nada de provecho.

Reducción á la décima parte del número de empleados, á fin de que los que queden tengan algo que hacer.

Y añadiendo á estas sencillas medidas el buen acierto económico que ha tenido el Ayuntamiento para presupuestar en una peseta setenta y cinco céntimos la cantidad con que un obrero puede atender á sus necesidades y á las de su familia, pagar esta misma cantidad á todos los dependientes del Estado.

De este modo, por más que nuestras luces políticas son escasas, creemos se conseguía nivelar los inuivables presupuestos, arbitrar recursos para salvar la crisis, y todo el mundo quedaba contento.

Y el que no...

¡Si lo dejaran arreglar á los anarquistas!

Decía el Sr. Moret en el Congreso, hablando sobre los sucesos de Badajoz, ocurridos estando el Sr. Sagasta en el poder.

«Ahora que presido la información obrera y estoy más en contacto con el elemento trabajador, puedo afirmar que todo ese núcleo popular que era antes el nervio de las agitaciones, se compone de anarquistas y socialistas, es cierto, pero enemigos de todos los partidos políticos, incluso el que manda el Sr. Ruiz Zorrilla.»

Está muy en lo cierto el Sr. Moret; la clase trabajadora no está afiliada á ningún partido político; ha dejado de ser ya carne de barricada para consagrarse por completo al estudio de la cuestión social, la que pretende resolver con su actividad, su energía y por su propio esfuerzo.